Microtextualidades
Revista Internacional de microrrelato y minificción

Microtextualidades
Revista Internacional de microrrelato y minificción

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Una caja de luz blanca

JUAN FRANCISCO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
juanfrancisco.hernandez@uclouvain.be

Nació en la Ciudad de México, en 1971. Estudió la licenciatura en administración financiera, un máster en administración pública y ciencias políticas, un diplomado en creación literaria y dejó inconclusa una maestría en letras modernas.

Ha publicado con el pseudónimo Juan Saravia los siguientes libros: *De luz y sombra en el Desierto de los leones (aforismos y notas sueltas, 2003), Diario de un loco enfermo de cordura (novela breve, primera edición, 2004, segunda edición 2008), Límites de la inmadurez (cuentos, 2005), Lince de Luz Altiva (novela breve, 2005), El peregrino del norte (novela sobre El Camino de Santiago, 2007), El tiempo suspendido (novela breve, 2009).* Con el pseudónimo Juan Rodríguez-Cano, *publicó la novela La sinfonía interior (2016). Ha publicado más de una centena de cuentos y artículos en diversas revistas. Los fríos territorios del desconsuelo* es la primera novela que publica con su nombre.

Desde 2009 reside en Bélgica, donde es el coordinador y profesor del departamento de español en el campus de la ciudad de Mons, de la Universidad Católica de Lovaina. Además de escritor y profesor, es fotógrafo y a realizado diversas exhibiciones, ha ganado diversos premios y ha publicado en diversas revistas y portales de fotografía.

Número 17, pp. 49-51
ISSN: 2530-8297

@2025 *Microtextualidades*

Este material se publica bajo licencia Creative Commons: Reconocimiento-No Comercial Licencia Internacional CC-BY-NC

UNA CAJA DE LUZ BLANCA

La tarde que te internaron sentiste que te habían encerrado en una caja de luz blanca.

Primero, te quitaron las agujetas y el cinturón.

Enseguida, notaste que todo el lugar estaba diseñado para que nadie pudiera hacerse daño (sin una cortina en el baño, ni ganchos, ni espejos; las mesas pegadas al suelo, los muebles sin bordes afilados).

Te entregaron dos pijamas, azul claro, que tendrías que usar durante todo el internamiento.

Esa misma tarde, te aplicaron una inyección.

Veinte minutos después, tuviste la sensación de que el aire se hacía más denso, como si lo respiraras a través de una esponja.

Las piernas y los brazos comenzaron a pesarte como si los hubieran llenado de piedras.

Todo a tu alrededor se volvió lento, el rugido en tu cabeza se detuvo y, finalmente, caíste dormido.

Al despertar, a la mañana siguiente, tu cabeza estaba quieta, pero tú te sentías vacío.

Tus emociones se habían quedado planas, como la línea recta en el monitor cardiaco.

Esa misma noche, escuchaste que uno de los internos empezó a golpear y a gritar al vidrio donde estaban los enfermeros del pabellón.

Por la mañana, el interno tenía un hematoma en el ojo. Intentaste hablar del tema con los demás internos, pero lo evitaron. Era mejor callar.

Los siguientes días fueron insoportables, pero lograste resistirlos gracias a una gruesa novela que te llevó tu madre ("Kafka en la orilla"), y a la breve pero profunda amistad que formaste con dos internos, los únicos que parecían lúcidos en todo el lugar.

No recuerdas sus conversaciones, pero cuando hablaban, durante algunos minutos, conseguías eludirte.

Todos los días hacían lo mismo. En la repetición de esos actos simples (comer, tomar medicinas, caminar, mirar por la ventana, ver televisión), encontraban un ritmo que los ayudaba a resistir la desesperación.

Solo un día, cuando fumigaron los pabellones del hospital, los dejaron salir al jardín.

Te quedaste toda la mañana bajo el sol, con la cabeza recostada sobre el libro.

Mirabas hacia arriba.

Los pájaros se reunían en las ramas... y cantaban.

De pronto, fue como si la arquitectura opresiva del espacio se hubiera vuelto generosa.

Por unos minutos, algo se abría: una fisura desde donde mirar el mundo. Desde ahí, desde la grieta, desde el temblor, empezabas a reconocerte.

Solo los martes tu madre te visitaba. Nadie más lo hizo.

En los últimos días sentiste un intenso aislamiento y una profunda desconexión con el entorno y contigo mismo.

Gracias a la insistencia de tu madre, y a algunos contactos suyos, te dieron de alta.

Saliste una mañana, alrededor de las diez.

Estar fuera fue como abrir una ventana después de meses de encierro.

La luz te cegaba y los ruidos de la calle te resultaban molestos.

Saliste, pero no del todo: algo en ti (quizá lo más esencial), se había quedado dentro.

Por primera vez, en mucho tiempo, te sentías estable, pero, al mismo tiempo, más vacío que nunca.

Volvías al mundo exterior entre un sentimiento de triunfo y otro de vergüenza.